



COMIENZA CON UN
ANUNCIO DE
APARIENCIA INOFENSIVA
EN FACEBOOK.

«Consejos gratuitos sobre acciones vía WhatsApp» lee Mia en su móvil. Encima aparece el logo de un popular *neobroker*. La publicidad le llama la atención. Mia (nombre falso) ya había pensado en dedicar más atención a sus inversiones financieras. Hace clic y aterriza en un grupo de WhatsApp dedicado a inversiones. Mia, de 42 años, es empleada en una tienda.

Un viernes, una mujer llamada Laura la contacta por WhatsApp. Se presenta como asistente de un renombrado gestor de fondos de cobertura. Ella y alguien a quien llama 'el profesor', dice, trabajan para una institución financiera estadounidense muy conocida.

Mia busca en Google, todo parece serio. El profesor existe, la institución financiera también. Se deja engatusar por la amable asistente y aguarda los consejos del profesor para invertir en acciones. Al chatear surge cercanía personal. «Buenos días –escribe Laura–. Necesito café urgentemente, si no se me van a cerrar los ojos». Ambas mujeres charlan sobre el día a día de Mia, sus preocupaciones, el deseo de ganar dinero...

Pronto llegan los primeros consejos de inversión. Mia descarga en su teléfono una *app* que Laura le ha recomendado llamada STLSTE. Invierte, al principio, unos pocos miles de euros; luego, cada vez más. En la pantalla, las ganancias mostradas se disparan.

Todo es maravilloso hasta que Mia quiere transferir sus ganancias de ensueño a su cuenta y Laura le exige otro pago. Es el momento en que Mia se da cuenta de que algo no está bien: ha caído en una estafa financiera. En realidad, el proveedor de servicios estadounidense no gestiona ningún grupo de WhatsApp para sus clientes privados. El profesor no tiene nada que ver con la estafa. En ningún momento, Mia ha comerciado con acciones, sino que solo ha transferido dinero a estafadores: unos 20.000 euros.

Ella es apenas una de varias decenas de miles de víctimas anuales de una maquinaria global de fraude que se embolsa muchos miles de millones. Solo en 2024 los estafadores en línea, los llamados *scammers*, se apoderaron de más de un billón de

dólares en todo el mundo, según calcula la ONG Global Anti-Scam Alliance.

La revista alemana *Der Spiegel* siguió el rastro del dinero robado e investigó plataformas dudosas y conexiones de cuentas. El equipo de investigación se topó con una red ramificada y con un centro del fraude situado en Birmania, donde batallones de *scammers* se sientan frente a *smartphones* y ordenadores con una misión: contactar con usuarios de Internet por todo el planeta y extraerles todo el dinero que puedan. Muchos de estos peones trabajan frecuentemente bajo coacción. Son también víctimas, ya que detrás de las fábricas de estafas a menudo está el crimen organizado chino. Según Naciones Unidas, estas redes criminales han secuestrado a cientos de miles de personas en el sudeste asiático para que trabajen como 'esclavos' en estas fábricas ilegales. Es decir, hacen lo que sea necesario para mantener el negocio en marcha.

UNA OFERTA
DIFÍCIL DE RECHAZAR

Phelipe de Moura Ferreira, de 27 años, fue forzado a la criminalidad. Durante tres meses trabajó en un edificio de oficinas azul junto a un río fronterizo con Tailandia. Conversaba en inglés por WhatsApp con personas de todo el mundo. Con ayuda de un *software* de traducción y de ChatGPT, su 'oficina' se dirigía a víctimas de Francia, Ucrania, Alemania... Les quitaba mucho dinero, pero lo hacía contra su propia voluntad. Estaba secuestrado.

Natural de São Paulo (Brasil), y de circunstancias humildes, en noviembre de 2024 Ferreira recibió a través de Telegram una oferta de trabajo como empleado de un *call center* en Tailandia. Horarios flexibles, dos mil dólares al mes, un billete de avión... Sonaba tentador.

Cuando aterrizó en Bangkok, recuerda, vino a buscarlo un conductor armado que, lejos de llevarlo a la sede de una empresa de *call center*, lo condujo a través de la frontera hacia una Birmania destrozada por la guerra civil. Allí, en un terreno amurallado al sur de la ciudad de Myawaddy, le quitaron el pasaporte y el móvil para ser recluido en una especie de prisión. «Teníamos que dormir ocho personas en una habitación pequeña, fría y sucia. En el exterior había guardias», rememora.

Debía realizar estafas para sus 'jefes', así los llama. Era un lugar con oficinas de espacio abierto, cada una especializada en un tipo

EN 2024, LOS
ESTAFADORES EN LÍNEA
(LOS LLAMADOS
'SCAMMERS') SE
APODERARON DE
MÁS DE UN BILLÓN
DE DÓLARES EN TODO
EL MUNDO